

Socorro Girón, blanco o negro: La pasión encarnada en rojo (Percepción personal en la celebración de su Centenario, de la literata puertorriqueña, académica, intelectual y compañera de labores en la Universidad de Puerto Rico en Ponce)

Rosario Esther Ríos de Torres
Catedrática Retirada
Universidad de Puerto Rico en Ponce

De mirar y figura alta, firme y asertiva. A veces, oculta, tras unos lentes verde-oscuros, muy bien llevados debajo de la cabellera espectacularmente nevada, corta, rizada, peinada hacia atrás y finalizada en la nuca. Poco o ningún maquillaje, solamente marcado o delimitado por un labial rojo, que se abría para soltar una ruidosa carcajada, nada tímida, incontenible, acompañada por un deajo, o además de qué-vida-esta, y un caminar apartado y oportuno. Acompañada siempre por un bulto-maletín de cuero almibarado y unas hermosas sandalias amarradas a la pierna, que lucían uñas esculturalmente cuidadas, a lo diosa griega.

De vestir sencillo, pulcro, combinado, mayormente resguardado por una blusa sobria, complementada por falda a media pierna. Bajo concepto alguno, para varones o mujeres, su presencia, pasaba inadvertida: alta, delgada, de huesos anchos y firmes, tanto en hombros como en caderas; piernas largas y talle alongado. Modélica femenina propia de los años 50-60, *avagardneriana*. En ocasiones, fumaba con una boquilla almíbar para mostrar una sonrisa a trasluz y sesgada.

Caminaba sola; o si acompañada, era por algún discípulo, generalmente uno de sus varoniles y apuestos alumnos que aligeraban su paso o marcaban pasos extremadamente largos, para intentar caminar a su lado. Ella mantenía siempre alguna distancia ligera, delantera; y ellos, agitadamente, trataban de acompasarse para seguir a su lado, en alguna conversación sostenida. Cuando descendía de su Chevrolet Malibu Coupe dorado, modelo '69, emprendía su ruta de labor universitaria. Desde ahí, la

aguardaba para comenzar el día, uno de sus más fieles discípulos, vasallos, a quien de modo particular y elogioso, llamaba Minaya. Era su fiel seguidor y aprendiz, hijo especial de la sabiduría encarnada, el Lcdo. Juanadino Carlos Juan Canggiano.

Su primera y obligada parada: la imprenta del Colegio. Parecía que vivía en ella. Allí, tanto a Chago, como a Freddie, les dejaba sus escritos e investigaciones, impresos por ella misma, en maquinilla de escritorio de aquel entonces, para que los muchachos, como les llamaba, los imprimieran y los encuadernaran. Chago, muy en especial, le ganó su admiración. Se convirtió en su discípulo extra-muros. Con él iniciaba su cátedra diaria. Le enseñaba el origen y la estructura de la décima, con sus variantes: la culta y la popular. Como Chago improvisaba, Socorro lo guiaba en su *formulario-decimario* para que sus décimas resultaran perfectas, y demostraran no sólo el dominio técnico, sino la frescura del hondón de la tierra y la nobleza de la palabra.

Freddie, anonadado, quedaba como levitando, ante la exuberante mujer, profesora, académica, intelectual. Un brillo especial se notaba en su mirada. Flotaba después de las visitas ilustrativas de Socorro. Compartía, con los que allí llegábamos o con quienes presenciábamos aquellas cátedras improvisadas, sus mágicas impresiones. Freddie no se atrevía interrumpir el diálogo o pronunciar palabras. Era todo oídos.

De ahí, Socorro partía hacia la Biblioteca, para alternar con una de sus más

fieles amigas, colegas, y colaboradoras, la Prof. Adelina Coppin, titular de la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico en Ponce. Adelina, con su mirada ojiabierta y escudriñadora, sabía reconocer con inmediatez, la necesidad académica investigativa de quien llegaba a su escritorio. Era una especie de figura angélica, que sabía conseguir lo que se necesitaba, justo a tiempo, y lo tenía listo para la disponibilidad del solicitante. Parecía como si lo supiera todo o, al menos, dónde se encontraba. Se dedicaba y vivía su labor. Esa era su esplendidez. ¡Ayudaba! No permanecía estática o indiferente a la necesidad académico-intelectual. Era la más fiel colaboradora. Se entregaba a la investigación de turno que reclamara de sus servicios. Se convertía en la co-investigadora, facilitadora. Era LA BIBLIOTECARIA. No cabe dudas, Socorro lo decía.

Posteriormente, se dirigía al Departamento de Español, del que fue su Directora fundadora. Estas acciones ocurrían antes de empezar su clase a las 9:00AM. Siempre saludaba al entrar con un claro ¡*Buenos días!* Poco le importaba que se los contestaran. Se dirigía a su cubículo de oficina, y allí, sola, en silencio, aguardaba serenamente el momento de salida a su clase. No regresaba. Una vez iniciada la primera clase, allí permanecía, en su sala asignada, hasta que concluían sus cursos.

De vez en cuando, o de cuando en vez, mientras esperaba por la llegada de la hora de su curso, intercambiaba diálogos con algunos de nosotros. Al vernos pasar, llamaba para que habláramos con ella. Hablaba de todo: de *la inmortalidad del cangrejo*; del origen de la palabra *palmar*, como planta que indica su direccionalidad; del desarrollo turístico del islote de Caja de Muertos, como una isla de la más inmediata fantasía de la única y trascendental realidad; o de la composición de la palabra *amistad*. Palabra que decía que era compuesta: marcada la composición por la letra *s*, puesto que, de ser eliminada, se originan dos palabras que significan lo que no es la amistad.

Sus diálogos eran lúdicos y reflexivos. Preguntaba por situaciones de la vida familiar: padres, esposo, hijos, vivienda, estudios; en fin, eran diálogos que si, por un lado, eran intensos; por el otro, eran frescos, ligeros, nada apretados, o estructurados. Eran cómodos. Empleaba una palabra ágil, llana, rica, fácil, ligera, paradójica, y antitética. No manejaba la petulancia, ni la retórica, ni la redundancia. Era palabra corta, sagaz, precisa, clara, inmediata. Sabía conjugar la sátira con el humor, la crítica con la profundidad, y la bonanza amiga y tierna del consejo iluminador.

Su compañera inseparable, hermana de gustos y pensamientos, era la Dra. Norma Piazza; parecían espejos, una de la otra. Un binomio ideal: tipos quijotescos y algo sanchopancescos. Nunca se hicieron llamar doctoras. Mucho menos, Socorro se apellidó, abogada. Era profesora. Le encantaba reconocerse MAESTRA. A lo Rubén Blades, *Maestra Vida*.

Compartió conmigo su mejor lección de lo que tenía que ser un buen MAESTRO: “Rosario (ninguna de las dos alguna vez me llamó Rosarito), si tus alumnos no entienden el verbo *gatear* cuando se los enseñes, entonces, ¡*GATEA!* Lo aprenderán, y no lo olvidarán”. Así, cuando ella explicaba, en sus cursos de Literatura Española, el realismo pictórico de Goya, se reclinaba ladeada sobre el escritorio de su sala de clases, para ejemplarizar a la Maja (vestida) goyesca. Los alumnos la recuerdan así. Así recuerdo a mi compañera de labores.

En una álgida y áspera reunión del Departamento de Español, presidida por la entonces Directora-Decana del Colegio, la Prof. Ruth Fortuño de Calzada, Socorro, con su voz firme y denunciante, asertivamente me dijo unas palabras muy decisivas: “Rosario, ¿y, tú, qué piensas? Con esa *carita de pendeja*, sabes más de lo que todos imaginan: ¡Habla! No temas. ¡Cuando tienes la Verdad, nada tienes que temer! ¡Habla!

¡Que caigan los que tengan que caer! ¡Con la Verdad, se va de frente!”.

Las siguientes fueron las dos mejores lecciones de vida que recibí de ella:

Una: Aprendí lo que era la amistad; y por eso, acompañé en el viaje hasta el Infinito a mi amiga-madre, Norma Piazza, en su día glorioso de entrada a la Eternidad. A su fría e inmóvil figura, envuelta en plástico oscuro, no la dejé sola en aquella morgue inmundada, vomitiva y asquerosa...

Dos: Aprendí a no temer a decir lo que pienso: ¡Mi Verdad! A decirlo de frente. A no esconderme entre tapices o a cobijarme en las faldas o en los pantalones de algunos. Aprendí a dar la cara. Cuando se tiene la Verdad no hay que ocultarse. Nada hay que temer.

Esa fue la compañera y la académica intelectual que conocí, quien vivía en una hermosa residencia, cercana a mi hogar, en la Urbanización Santa María de Ponce, templo de libros de interior japonés. De muebles lacrados en negro, con impecables forros blancos; ella, en medio, envuelta en una especie de túnica roja. Así la vi el día que acudí por primera y única vez a su residencia en compañía de mi madre, Cecilia Esther, quien también fue su compañera de labores en la Escuela Superior Dr. Pila. Debía recoger sus recomendaciones y anotaciones al primer borrador de mi primera disertación doctoral, sobre la presencia femenina en la literatura puertorriqueña de los '30.

Los libros rodeaban y acompañaban a Socorro por todas partes. Su casa era una Biblioteca. Los libros estaban en la cocina, en el

baño, en la sala, en el comedor, en su cuarto. Nos dijo que todas las noches se acostaba con un hombre diferente: Unas, con Unamuno; otras, con Ortega; otras, con Bonafoux; y así, con el que estuviera de turno para su estudio.

Socorro era única: Jovial, incisiva, tajante, decidida, transparente. No era mujer de dobleces; mucho menos de dobles caras. Era *ella*. Te quería o no te quería. O las cosas eran blancas o las cosas eran negras. Era su Ying - Yang. En medio de ambas partes, el *rojopasión*. Socorro era *la Pasión de Vivir*. Esa fue su vida.

Cuando al final de sus días, sus hijos decidieron residenciarla en el Hogar Santa Marta, al cuidado de las Hermanas Clarisas, una vez Norma y yo fuimos a visitarla. ¡Leía a Saramago! Tenía sobre una mesita de cajuelas de hierro tres libros de Saramago. Habló de ellos.

Nos pidió de favor que la sacáramos de allí. Que en ese instante se iba de allí con nosotras. Norma me pidió que me fuera. Se quedó con ella para tranquilizarla e indicarle que luego volveríamos. Al menos, juntas, Norma y yo, no volvimos más. Temíamos por ella y por su desesperación de salir del Hogar. No quería estar en él. Resentía el encierro. Le faltaba su ambiente. Socorro no era mujer de rigor de timbres, horarios, encendidos y apagados de luces...

Finalizaron sus días; pero, con ellos, no finalizó su memoria. Hoy, y cada día, vive en mí, con sus dos magistrales enseñanzas: la amistad y mi carita para la Verdad y la palabra justa.

Gracias, SOCOITO, por ser la excelencia académica encarnada en el Negro-Blanco sustentado por el Rojo-Negro de tu Pasión.